

# MIS ENCUENTROS CON GASTON BAQUERO



**P**RIMERO fue el nombre, más tarde su poesía, después la persona. Tal fue el itinerario de mi conocimiento de Gastón Baquero. En Salamanca, en 1955, yo estrenaba una profunda amistad, que ya lo sería para toda la vida, con un joven estudiante cubano. José Olivio Jiménez me dio entonces a leer su tesis de doctorado, presentada en la universidad de Madrid; ella me puso en el más cumplido conocimiento de la importante poesía cubana del siglo XX. Y allí, por vez primera, supe del nombre. Algo después, confundidos con muchos en el anaquel de una librería, sobrevendría el feliz hallazgo de un libro inesperado, aunque ya codiciado: la Antología que, con pie editorial de Orígenes, preparara Cintio Vitier, con el título de *Diez poetas cubanos*. Se trata de uno de esos libros que, con el tiempo, llegan a alcanzar una incontestable importancia histórica. Si la primera Antología de Gerardo Diego sobre la generación del 27 ha obtenido, dentro de la poesía española, muy justas resonancias míticas, presumo que, en los predios de la poesía cubana, la Antología de Vitier irá acompañada de análogo nimbo, pues en ella se fija el grupo sin duda más valioso que, en cualquier época, ha producido poéticamente Cuba. Fue su lectura para mí una jubilosa sorpresa, no sólo por su calidad sino porque mostraba una poesía de muy distintos intereses estéticos a la que entonces se hacía en España. A la sombra mayor de Lezama Lima, y junto a él, se daba a conocer un grupo de poetas más que notable, del que ahora recuerdo la impresión entonces producida, entre otros, por dos de

ellos: Eliseo Diego y, sobre todo, Gastón Baquero. Y de éste, dos espléndidos poemas: "Palabras escritas en la arena por un inocente" y "Saúl sobre su espalda". Así tuvo lugar el conocimiento de su poesía, que acompañé desde el primer momento de una gran estimación.

Ya no tardaría en trabar directo conocimiento con la persona. Muy poco después, en 1959, llegaba a Madrid Gastón Baquero. Un común y querido amigo, Lamberto Cano, hizo la presentación, y el encuentro no pudo ser más feliz. Reiteramos las salidas. De Gastón resultaba tan sorprendente su presencia física como su personalidad intelectual, insólitas ambas. Era un hombre todavía joven, aunque de intemporal apariencia, que gravitaba corpulento, y su vitalidad era tan arrolladora que desmentía la pesantez del cuerpo con una sensación de continuada ligereza; tan abundante como espontáneo de gestos, uno los sentía siempre de acogimiento, todos ellos con significación, ninguno ocioso; y un aura exótica, que venía tanto de su tamaño como el apretado color de su tez. Vestía, a la vez, con corrección y visible desaliño. Cuando monologaba, y yo siempre estaba deseando que lo hiciera, anudaba tanto conocimiento, humor y afectividad, que el resultado parecía otro distinto: mágicamente conversaba. Su charla, tan cubano él, alcanzaba matices exquisitamente europeos, pues sus conocimientos eran profundos y sorprendentes: no sólo la literatura, sino la medicina, la música, la historia, la ciencia, el arte o cualquier tema que se pudiese terciar. Y de repente se chapuzaba en la vida, la hacía entrar desde cualquier acera, con una frescura llena de inocencia o de traviesa y muy divertida malicia. O contaba anécdotas tan increíbles como verdaderas. Fascinaba, y a la vez se le quería; era difícil saber si despertaba más ternura o admiración, porque las dos se enredaban entre sí y eran hijas de una misma seducción. Desbordaba en saberes, de vida, de generosidad.

Cuando, en aquel mismo año de 1959, me concedieron el premio Adonais, vino con toda su alegría a celebrarlo, y en sus manos me traía de regalo la preciosa primera edición de *Canción*, de Juan Ramón Jiménez ("el siempre necesario", como decía en su dedicatoria a un convencido de ello). Le pedí que me apadrinara en la lectura que de aquellos poemas, mi libro, haría en el Aula Poética que dirigía Rafael Montesinos. Me sentí fielmente acompañado con su amistad, y estimé como de muy buenos auspicios su presentación del libro.

En 1966 apareció su memorable *Memorial de un testigo*, un libro que semejava un ave, cuyo vuelo fuese la presencia no sólo de las cuatro estaciones sino del Tiempo en sí mismo, y que tensaba un

ala alta, cuyo nombre era Fantasía (que nos traía la perdida felicidad de la Infancia) y otra que se inclinaba con un dejo de elegancia y cuyo nombre era Pesadumbre (y nos dejaba en las lindes del difícil Misterio).

Siempre creí que el libro, atendiendo a sus propósitos estéticos, y en el aspecto de su oportunidad literaria, apareció en el momento en que debía, y lo sigo pensando, a pesar del público silencio de que fue acompañado. Aquel mismo año salía a luz *Arde el mar*, el justamente celebrado volumen con que Gimferrer daba un giro a las voliciones estéticas que, con los poetas de su generación, trató de establecer entre nosotros. La lectura de los dos libros pone en evidencia algunas graves deficiencias de la vida literaria española. Ese embelesarse en el propio ombligo, o en el del que consideran su amigo y vecino, y desconocer u olvidarse de cualquier otra realidad o presencia, por importante que ésta sea. Es el de Gastón Baquero uno de los mejores libros publicados en España en todo el período que va de la guerra a nuestros días, y el mejor (en mi criterio) de cuantos aquí se publicaron aquel año de abundante y bondadosa cosecha. Dio la impresión, no obstante, de que no hubo tal libro, sino inapreciable alucinación. Sé también de contados, pero muy buenos y fervorosos lectores. Pienso que en tan fría recepción pudo también influir fuertemente esa otra mezquindad, que en el campo estricto del enjuiciamiento literario merece el nombre de aberración, de que prevaleciesen torpes consideraciones de orden político (Baquero había abandonado la Cuba de Fidel) en el tejido de ese envoltorio de silencio.

Gastón se fue afantasmando en mi vida, como una maciza sombra a la que deseaba siempre ver de nuevo encarnada en el milagro de una existencia con sonido. Respeté su muy larga estancia en su desierto personal, jardín cerrado de sí mismo, en donde el poeta seguía buscando y hallando el secreto de la Poesía.

Pienso ahora (y lo hago con agradecimiento y, por algunas cosas antes apuntadas, no sin agridulce melancolía) que yo le debo a Gastón una extraña experiencia: con él aprendí a amar, más y mejor, a España. Hace ya un tiempo, con el título de *Magias e Invenciones*, ha salido a luz la obra poética de Gastón Baquero, y si desde hace ya casi veinte años he ejercitado sin fatiga la recomendación personal de esta poesía, hoy la hago públicamente. Si esta demanda obtuviera respuesta, tal vez algunos lectores lleguen a convenir conmigo en que es Gastón Baquero uno de los mejores poetas vivos en lengua española, y esto aunque el mortecino ángel de la costumbre siguiera llevándose el índice a los labios indicando silencio.